

**Del exilio a los nuevos paradigmas:
los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de *Controversia* a
Comunicación y cultura)**

[Borrador]

Mariano Zarowsky
UBA/CONICET
zarowskymariano@gmail.com

Se puede observar en la trayectoria mexicana de *Comunicación y cultura* (1973-1985) la existencia de una discontinuidad en sus apariciones y la emergencia en el intervalo de una nueva publicación que de manera más o menos directa la involucraría. En el espacio de cuatro años que separa la salida de los números seis (1978) y siete (1982) de la revista, uno de sus directores, Héctor Schmucler, con Nicolás Casullo y Sergio Rubén Caletti (ambos se sumarían a su comité editorial en la nueva etapa)¹ animaron junto a otros intelectuales exiliados la breve vida de *Controversia* (1979-1981), una revista de discusión teórico-política donde se desplegaron algunas de las tensiones que atravesó la intelectualidad argentina en México y en cuyas páginas se elaboraron algunos de los tópicos que conformaron el lenguaje político de los años de la transición democrática en la Argentina.

Más allá de los innumerables imponderables de orden vital que podrían explicarlo, ¿que significación adquirió este paréntesis en la vida de *Comunicación y cultura*? ¿Qué implicó el hecho de que su reanudación estuviera mediada —sin solución de continuidad— por la intensa y decisiva experiencia de algunos de sus animadores en *Controversia*, una publicación que expresó un segmento minoritario pero influyente del debate teórico-político de la vida exiliar y que le dio cuerpo a sus dilemas subjetivos? El examen cruzado de una serie de tópicos desplegados en las revistas y de los itinerarios intelectuales de sus protagonistas se revela doblemente productivo: por un lado, en una dimensión epistemológica, nos permitirá indagar acerca del modo en que la vivencia del exilio, en tanto momento de conmoción

¹ Los números cinco y seis de *Comunicación y Cultura* se editaron en México en 1978, con el sello de Nueva Imagen, el nombre que había tomado la editorial Galerna “exiliada”. Esta era la casa editora que había publicado la revista en Buenos Aires entre los números uno (una reimpresión de 1973 del número aparecido en primera instancia en Santiago de Chile) y cuatro (1975), el último antes del golpe de Estado. En número siete de la revista, como veremos, salió en 1982 con el auspicio de la Universidad Autónoma Metropolitana de México.

política y afectiva, creó condiciones particulares para el despliegue de una reelaboración conceptual que marcó a fondo la agenda de los estudios sobre comunicación en la Argentina y contribuyó a su consolidación disciplinar e institucionalización. Desde otro ángulo, se trata de visualizar el modo en que, desde su relativa autonomía, los estudios en comunicación formaron parte de una trama cultural más amplia, o, de otro modo, del movimiento en el que se producían y anticipaban algunas de las ideas fuerza que configurarían las coordenadas de una nueva hegemonía político-cultural en el país.

En efecto, la reflexión sobre el itinerario de numerosos intelectuales argentinos exiliados en México en el período 1974-1983 ha puesto de relieve el modo en que la experiencia del exilio enmarcó la traumática revisión identitaria y conceptual de la llamada “nueva izquierda argentina” de los años sesenta (Aricó, 2005 [1988]; Burgos, 2004; Casco, 2008; Gago, 2012). En su estudio sobre los “gramscianos argentinos” Raúl Burgos (2004: 231 y 247) indaga cómo la “circunstancia mexicana” ofició en el período como una “caja de resonancia” y un “laboratorio teórico” para la observación, estudio y discusión de procesos en marcha en sociedades latinoamericanas, la publicación de textos vinculados con la cultura marxista y la reflexión y renovación teórica de esta tradición.

Varios son los factores que contribuyen a explicar la excepcionalidad de esta circunstancia. De manera general, se destacan la hospitalidad y la libertad que, en sintonía con una vieja tradición heredada de la revolución, el Estado mexicano ofreció a los exiliados políticos; el boom económico-petrolero de los años setenta que permitió un desarrollo sin precedentes de la vida académica universitaria y del mundo cultural y editorial en el país; las repercusiones del proceso de reorganización interna y apertura teórica que encaraba por entonces el Partido Comunista de México, entre otros elementos. Más específicamente, la continuidad de la militancia en el exterior de parte de muchos emigrados y, sobre todo, su reunión en asociaciones de exiliados, permitió la creación de espacios de sociabilidad que conformaron las bases para la creación de micro-sociedades o comunidades de expatriados, agrupamientos propicios para la contención afectiva pero también para el diálogo, el intercambio intelectual y la reflexión teórico-política. El Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), vinculado con la organización Montoneros y en menor medida con otras organizaciones político-militares, y el Comité Argentino de Solidaridad (CAS), que agrupaba a ex-Montoneros, camporistas, independientes de izquierda y socialistas, fueron los principales espacios de reunión y solidaridad entre los argentinos exiliados en México (Bernetti, Giardinelli, 2003; Yanquelevich, 2010).

Los intelectuales que protagonizaron la renovación del pensamiento sobre la comunicación que aquí abordaremos participaron, ante que nada, de los múltiples agrupamientos que proliferaron entonces en la comunidad de exiliados; en algunos de ellos² se promovió un proceso de reflexión y crítica que implicó, en primera instancia, una elaboración de la propia experiencia militante que se procesó, en buena medida, como un “ajuste de cuentas” con las propias posiciones teórico-políticas. En este sentido, es importante subrayar la centralidad que la cuestión de la lucha armada tuvo en el debate exiliar, en especial la política de la organización Montoneros³: la discusión sobre el accionar de las organizaciones guerrilleras se convirtió en la línea divisoria de un exilio que, lejos de funcionar como apaciguador de diferencias, estuvo profundamente fracturado; el apoyo o la crítica a las actividades de la guerrilla dividió las aguas en la colonia argentina y se convirtió en inspiración y centro de la reflexión teórico-política (Yanquelevich, 2010: 115-118).

Si bien algunas ideas surgidas en los ámbitos de discusión y reflexión que venimos señalando tuvieron sus primeras versiones en artículos y en las frecuentes solicitadas que por entonces muchos de estos intelectuales publicaban en la prensa periódica local en periódicos como *El Universal*, *Proceso y unomásuno*)⁴, fue en la revista *Controversia* (1979-1981) donde se puede seguir más acabadamente la germinación y expresión de un nuevo clima de ideas.⁵

Una revolución conceptual en la izquierda

Un tópico enunciado en el primer editorial de *Controversia* anticipaba el programa que se desplegará en sus páginas: la idea de que se había sufrido una “derrota atroz” del campo

² Nicolás Casullo, Héctor Schmucler y Sergio Rubén Caletti (junto a Jorge Bernetti y Adriana Puiggrós, entre otros, todo ex integrantes de la organización Montoneros) participaron de un agrupamiento informal de discusión político-ideológica que se constituyó entre mediados de 1977 y principios de 1978 y que se conoció en la colonia de exiliados como el “grupo de los reflexivos”. Al poco tiempo el agrupamiento se fusionó en la llamada “Mesa Peronista” con sectores que habían militado o se reconocían en el camporismo y que se reunían periódicamente en el CAS.

³ Montoneros ocupó el centro de la escena política en el exilio hasta aproximadamente 1979, cuando comenzó su decadencia a partir de la llamada “contraofensiva”. De manera elocuente y en clave autobiográfica Bernetti y Giardinelli (2003, p. 70) escriben al respecto: “El exilio peronista en México estuvo sometido, sobre todo en sus primeros años (hasta 1979), por el síndrome del montonerismo”.

⁴ Entre las notas publicadas en la prensa diaria donde se puede seguir la ruptura pública de este agrupamiento con la política de Montoneros se destacan las de Bernetti (1979); Casullo (1979); Bernetti, Caletti, Puiggrós, Schmucler (1979). Para una visión más amplia de la cuestión, véase Bernetti, Giardinelli (2003) y Yanquelevich, (2010).

⁵ La revista surgió de un acuerdo entre un subgrupo de integrantes de la “Mesa Peronista” con otro agrupamiento de características similares, aunque políticamente heterogéneo: la llamada “Mesa Socialista”. El consejo de redacción de *Controversia*, formalmente dirigida por Jorge Tula, estuvo integrado por Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler y Oscar Terán. Sobre *Controversia*, véanse, Burgos (2004); Casco (2008); Yanquelevich (2010); Gago (2012).

popular que obligaba a revisar los propios supuestos desde los que se había pensado la política. Se trataba, se enunciaba sin matices, de la necesidad de revisarlo todo, de “discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad” (*Controversia*, N°1, 1979: 2). Desde este punto de partida la revista cobijó sus polémicas (pues, precisamente, se invitaba a la *controversia* “para el examen de la realidad argentina”) y desplegó algunas de las temáticas que la atravesaron: la evaluación del carácter y las causas de la derrota del campo popular, en especial el examen del foquismo como estrategia política; el lugar del exilio como condición de posibilidad para el despliegue de la vida intelectual; la crisis del marxismo; el vínculo entre socialismo y democracia y entre populismo y democracia; la caracterización del fenómeno peronista, entre otras.

En este marco, la fracción de los intelectuales peronistas que junto al núcleo socialista participó de la aventura de *Controversia* desarrolló algunos núcleos singulares de pensamiento. Las colaboraciones de Héctor Schmucler, Nicolás Casullo y Sergio Caletti se distribuyeron de manera protagónica y sin interrupción a lo largo de los trece números de vida de la revista.⁶ En ellas se pueden seguir en proceso de elaboración una serie de ideas fuerza que reencontraremos en su pensamiento sobre la comunicación y la cultura, y, de manera general y estrechamente vinculado con ello, una reformulación de sus concepciones sobre el estatuto del intelectual y su relación con la sociedad.

Tal vez las intervenciones de Schmucler (1979; 1980a; 1980b; 1981) hayan sido las más audaces y polémicas, puesto que se atrevieron a plantear cuestiones e interrogantes que inquietaron notablemente a cierta franja de la militancia: la pregunta por los supuestos que subyacían en la lucha por los derechos humanos y por su eficacia; el señalamiento de la derrota política como dato ineludible; la distancia entre el país de afuera —el de los exiliados— y el país de adentro; la pregunta por aquello que los testimonios de los sobrevivientes permitían pensar sobre las concepciones políticas de la guerrilla; todos estos fueron algunos de sus temas.⁷ En los argumentos y en el lenguaje dramático desplegado en el último de sus artículos en la revista se puede leer el modo en que en la escritura de Schmucler

⁶ En este sentido llama la atención que la historiografía reciente tienda más o menos solapadamente a pensar a *Controversia* como la revista de los “gramscianos argentinos” —es decir, de la fracción socialista nucleada alrededor de Aricó y Portantiero— sin otorgar mayor peso a las elaboraciones producidas por la fracción peronista. Para una reconstrucción que recoge la controversia entre las fracciones socialista y peronista, ver la visión retrospectiva que propone Nicolás Casullo en torno al debate sobre el populismo que tuvo lugar en la revista (2007: 150-167).

⁷ Las notas de Schmucler en *Controversia* generaron en la colonia de exiliados fuertes polémicas. Algunas respuestas se publicaron en las mismas páginas de la revista y otras salieron en diversas publicaciones. Al respecto véase Bernetti, Giardinelli (2003); Yanquelevich (2010).

la conmoción de la subjetividad política se anudaba con la redefinición del pensamiento sobre lo social y, en particular, sobre el fenómeno cultural. “Las experiencias y el aprendizaje de los últimos años —escribía— nos han movido, a muchos de nosotros, a modificar sustancialmente gran parte de las creencias que teníamos sobre la sociedad y su transformación” (1981: 15). Las nuevas concepciones sobre la sociedad no sólo modificaban “los viejos esquemas sobre los que acostumbrábamos a construir nuestras hipótesis políticas”, sino que producían “un cambio sustancial en la manera de afrontar el conocimiento de los procesos históricos” (p. 15). Schmucler enumeraba entonces una serie de problemas a asumir por el pensamiento de lo social, entre los que se destacaban: 1) la crisis de la metáfora marxista de *base-superestructura*; 2) la incorporación de la *subjetividad* como elemento inexcusable a tener en cuenta para interrogar las acciones humanas y los procesos históricos (lo que suponía la consideración del *deseo* y su relación con la política como parte estructurante de esos procesos; 3) la crisis de una concepción de la acción de las masas como encarnación abstracta y unidimensional de *clases sociales* (se trataba de entender “las múltiples determinaciones o condicionantes de esa acción”, escribía); 4) el entendimiento de la política desde una “perspectiva estratégica de la *vida cotidiana*”, esto es, desde un modelo de ser concreto de los hombres en el mundo —como un “estilo de vida”—, lo que suponía manejar una *concepción de la cultura* entendida como un eje articulador de las propuestas políticas antes que como una “derivación o consecuencia de cambios en la estructura económica” (p. 15).

Por su parte, las intervenciones de Nicolás Casullo y Sergio Caletti en *Controversia* desplegaron tópicos propios, funcionando entre ellas de manera complementaria. Configuraban un campo problemático particular alrededor de dos núcleos: por un lado, *la crítica de los supuestos leninistas* que en su visión habían fundamentado la expansión de la izquierda peronista y en su interior la experiencia foquista; por otro, la reconceptualización del peronismo como hecho democrático a ser pensado, sostenían, de acuerdo a las plurales formas históricas en las que el pueblo había expresado el *carácter de la política como un hecho social y cultural* que desbordaba cualquier concepción estrecha —liberal o clasista— de ésta.

En efecto, Casullo (1980a; 1980b; 1980c) desplegó en las páginas de *Controversia* una serie de artículos que pusieron en discusión los supuestos marxistas-leninistas que en su visión informaban no sólo el accionar guerrillero —especialmente el de Montoneros— sino las concepciones de la izquierda peronista en su conjunto. En esta línea, el autor apuntaba su crítica a una variable: la supuesta exterioridad entre “el saber” portado por las vanguardias y

las prácticas y formas de vivir lo político de las masas; o de otro modo, entre las concepciones del marxismo-leninismo y el estatuto de un peronismo que Casullo concebía como una vivencia político-cultural, como un movimiento de acción múltiple, articuladora de lo popular en distintos espacios del tejido social: sindical, territorial, fabril, etc. El planteo no sólo pretendía explicar las causas de la derrota del movimiento popular en la Argentina, sino que se dirigía polémicamente hacia dos adversarios muy diferentes en los que Casullo encontraba una matriz común. A saber: tanto el foquismo como las reformulaciones del pensamiento peronista y socialista que se reagrupaban por entonces en el exilio compartían una “lógica de izquierda”, una “hacer político de izquierda” que no “ponía en cuestión un conjunto de estatutos y prácticas ideológicas, políticas y teóricas de esa izquierda en el marco de la gestación popular hacia el cambio” (1980b, p. 11). ¿Cuáles eran esas prácticas? Situándose en un debate que proyectaba un posible desenlace para el proceso dictatorial, el autor sostenía que hablar de “democracia transformadora, de cambio, de socialismo” fuera de los marcos de la experiencia popular movimientista del peronismo y de su capacidad de alianzas era “una *tarea intelectual carente de sujeto* en la Argentina” (p. 11. *Las cursivas me pertenecen*).

Este último sintagma sintetiza los planteos de Casullo en la revista y expresa con vigor el sentir que germinaba entonces en toda una franja intelectual. Retomando tópicos clásicos del *revisionismo* se ubicaba como clave de interpretación histórica la existencia de una supuesta distancia entre los planteos de las vanguardias políticas —y en buena medida esto quería decir: de los *intelectuales*— y el modo en que “el pueblo había producido sus propias formas y concepciones de la política” (Casullo, 1980c).

En una línea similar avanzaba Sergio Caletti (1979a), desplegando una exasperada crítica al marxismo-leninismo. En su visión, esta tradición se configuraba alrededor de dos núcleos: por un lado, una idea del Estado como “aparato”, esto es, como un elemento exterior a la sociedad civil; por otro, una teoría del partido que, al marcar “la necesidad de que la teoría provenga de *fuera* de la clase obrera como tal, es decir, fuera de su práctica y de la práctica de sus luchas”, postulaba una teoría del conocimiento que suponía una relación de exterioridad entre la teoría y la práctica (p. 20). La tradición leninista, en la opinión de Caletti, informaba tanto la acción de la izquierda en la Argentina como las condiciones ideológicas de posibilidad del fenómeno guerrillero, incluso en su vertiente peronista.⁸

⁸ Los escritos de Casullo y Caletti tenían muchos puntos en común con el trabajo que por entonces publicaba Oscar del Barco (1980), ex integrante de la experiencia de *Pasado y Presente*, en la Universidad de Puebla, *Esbozo de una crítica a la teoría y prácticas leninistas*. El libro, como él mismo Del Barco relata (2000: 16), causó un importante revuelo en los académicos y en la intelectualidad de izquierda en general, no sólo entre los argentinos.

No es exagerado decir que tanto en los planteos de Casullo como de Caletti se procesaba la crítica de la experiencia guerrillera como una apresurada revisión del leninismo que, en el mismo movimiento (y en esto se diferenciaban de la empresa de revisión conceptual que por diversos caminos emprendía la fracción socialista de la revista que se nucleaba alrededor de José María Aricó y Juan Carlos Portantiero) arrojaba por la borda a la tradición marxista y socialista de conjunto.⁹ En esta clave se puede leer el artículo que Casullo y Caletti (1981) publicaron a dúo en el último número de *Controversia*, en franca discusión con la franja socialista de la revista. Allí los autores no sólo emprendían contra un socialismo “caído del cielo”, esto es, que nunca había sido “nacional” (ésta era la verdadera “crisis del marxismo” vernáculo, polemizaban, no la que expresaba el debate europeo difundido por los socialistas alrededor del eurocomunismo) sino que avanzaban en una caracterización del socialismo, a secas, como *totalitarismo*. El “socialismo” —sin adjetivación alguna— no era más que un modelo económico y político que *efectivamente había cumplido sus premisas* en el —mal llamado— “socialismo real”, puesto que nunca había superado “la comprensión economicista del poder como totalitarismo” (p. 9).

En esta línea la crítica del paradigma leninista que Caletti y Casullo habían desplegado en intervenciones anteriores los llevaba aquí al encuentro de una clásica concepción *populista* que, apelando a la necesidad de convergencia entre intelectuales y pueblo (sólo posible en la formulación de un “pensamiento nacional”, aclaraban) mantenía los términos de la relación de exterioridad criticada, pero a partir de una inversión de sus términos. Así, en una subrayada primera persona del plural que remitía sin matices a una experiencia biográfica, Casullo y Caletti escribían:

Durante largo tiempo la izquierda peronista y no peronista se preguntaron *qué le faltaba o de qué carecía el pueblo*, que no accedía al ‘momento’ de *nuestros* planteos socialistas. Hoy sería cuestión de preguntarse —desde otra forma de optimismo y de confianza— *qué pretenderá nuestro pueblo desde su conciencia y su memoria*, en esta lucha tan carcelaria y dramática que le tocó en suerte y lleva adelante (p. 10; *las cursivas me pertenecen*).

⁹ Lo paradójico es que para emprender esta crítica utilizaran algunas de las premisas del pensamiento marxista. Así, en otro de sus artículos Caletti (1979b) escribía que, en tanto mera reproducción de un pensamiento elaborado desde otras condiciones de producción, el “ideal-marxismo” (que entendía estaba en la base del fenómeno foquista; ésta era su preocupación), aparecía en la Argentina disociado de la acción política de las masas y se emparentaba “con la ontología de cualquier pensamiento colonizador en tanto racionalidad imbricada en el desarrollo histórico de las metrópolis y transmitida, desde estas metrópolis, en el marco más amplio de los procesos de dominación imperialista”. Esta “colonización ideológica” suponía una “*ruptura compulsiva* de la unidad dialéctica de producción que existe entre la realidad social y el pensamiento que la expresa” (p. 7).

Como dijimos, el planteo apuntaba en parte a la fracción socialista de *Controversia* que por entonces ensayaba una intensa, heterogénea y traumática empresa de reflexión crítica sobre la tradición marxista y el leninismo, en buena medida a través de la relectura y reflexión sobre el pensamiento de Mariátegui, de Gramsci o del propio Marx.¹⁰ Para poner de relieve la existencia de un debate en torno a la cuestión basta referir al artículo que en el mismo número de *Controversia* publicaron Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola (1981) sobre “lo nacional popular y los populismos realmente existentes”. Allí, partiendo de una serie de categorías gramscianas que tenían a la noción de *hegemonía* como núcleo, los autores se ubicaban en una posición que consideraban equidistantemente lejana tanto del “*kautsky-comunismo*” como de la “reivindicación mitológica de un *volkgeist* que sólo crece para reconocer su propia esencia” (p. 11). La necesidad de sopesar la relación entre *continuidad* (“nacional-popular”) y *ruptura* (“reforma intelectual”) que implicaba en Gramsci el proceso de producción de hegemonía suponía —escribían Portantiero y De Ipola— discutir “el papel de la intervención *externa* de la cultura crítica y de sus portadores —los intelectuales— en el mismo proceso” (p. 11). Así, la concepción gramsciana tenía para los autores el mérito de plantear la cuestión en un plano no reduccionista, “ni a favor de la ‘verdad popular’ ni de la ‘conciencia exterior’”, esto es, sin disolver el viejo problema de la alteridad entre intelectuales y pueblo” (p. 14). Como se puede observar, la polémica expresaba una revisión de las auto-colocaciones intelectuales, o, de otro modo, un debate sobre el estatuto del intelectual en los procesos de cambio.

No podemos aquí desplegar acabadamente el alcance de estos debates ni sus implicancias, mucho menos agotar los tópicos temático-ideológicos que se desplegaron en las páginas de la revista *Controversia*. Apenas se trata de poner de relieve algunos de ellos a los fines de explorar el modo en que el espacio de experiencia configurado en el exilio tuvo su expresión —deberíamos decir: también se produjo— en los debates y reformulaciones de los estudios en comunicación en la Argentina, donde generó efectos duraderos. Como veremos a continuación, la impresión de estar asistiendo a un *umbral de época* que reclamaba nuevos esquemas de entendimiento y frente al cual se percibía un *vacío teórico*: el balance en clave de *reflexión autocrítica* de las premisas que habían orientado la investigación en comunicación como primer esbozo de una *historia* de este campo de estudios (podríamos decir, de su propia *invención*); la implacable *crítica del marxismo-leninismo* como matriz que

¹⁰ Al respecto, véase Portantiero (1977); Aricó, (1980, 2005 [1988]), entre otros. Raúl Burgos (2004, p. 252) demuestra que el paulatino, complejo y traumático distanciamiento del leninismo —sin ser homogéneo— fue tramitado y elaborado en innumerables escritos y producciones teóricas por el grupo que había editado la revista *Pasado y Presente* y por entonces publicaba los cuadernos homónimos.

informaba teorías y posicionamientos intelectuales; la *revalorización de lo democrático* como perspectiva estratégica (y, como veremos, epistemológica); todos estos elementos constituyeron algunos de los tópicos de una inflexión en el pensamiento sobre la comunicación que, a partir del retorno a la Argentina de los intelectuales que protagonizaron el debate exiliario, contribuyó a sentar las bases de su institucionalización en el país.

Los intelectuales de la comunicación en su laboratorio

Inaugurando su periplo en el exilio Héctor Schmucler fue contratado como profesor por la Universidad Autónoma Metropolitana a los pocos días de haber llegado a México, en 1976. El convite se hizo a través de la mediación de Armand Mattelart, su compañero en la dirección de la revista *Comunicación y cultura* desde su primer número en 1973, quien casualmente por entonces se encontraba en el país dando un curso en la UAM (Yanquelevich, 2010: 302). Schmucler se integraría a partir de ese momento a esa universidad, donde tiempo después comenzaría a dirigir la carrera de comunicación (sería su primer director) y, más tarde, gestionaría el auspicio de la institución para relanzar *Comunicación y cultura*. En el intervalo que se produjo entre los números seis (1978) y siete (1982) de la revista, ambos ya editados en México, Schmucler participó de la animada vida política y cultural del exilio argentino al mismo tiempo que desplegó una intensa actividad académica y profesional. Además de su actividad en la carrera de comunicación en la UAM, fue uno de los artífices de la creación de la División de Comunicación del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), un centro de investigación con sede en México y Santiago de Chile que había sido fundado en 1975. Allí se conformó hacia 1979 un seminario semanal de debate y reflexión sobre comunicación y cultura que se mantuvo durante cuatro años y que contó con la participación, entre otros, de Rafael Roncagliolo, Juan Somovía y Fernando Reyes Mata (los dos últimos como directores) de Héctor Schmucler y, a través de su mediación, de Nicolás Casullo y Alcira Argumedo. En este espacio de reflexión se intentaba hacer inteligible el estatuto de lo que se entendía era un cambio de época: los fenómenos de transnacionalización de la comunicación, el despliegue de nuevas tecnologías informáticas, el ocaso de los proyectos alternativos de comunicación a nivel nacional e internacional y, de manera general, la crisis de los proyectos emancipatorios en sus dimensiones teóricas y organizativas; estos procesos implicaban transformaciones profundas del entorno y por ende invitaban a revisar los modos de pensar la sociedad, en especial, el modo de conceptualizar el vínculo entre comunicación, cultura y política. Como veremos, este espacio de debate tendrá una incidencia

importante en la instalación y renovación de la agenda de debate de los estudios en comunicación en la Argentina tanto como en su proceso de institucionalización.¹¹

Volviendo al itinerario de *Comunicación y cultura*. La salida de su número siete en 1982 anunciaba su continuidad luego de un intervalo de casi cuatro años y el comienzo de una nueva etapa marcada por mutaciones profundas en la escena política general y en las propias biografías de sus promotores. En la presentación del número, dedicado a los “límites del debate internacional sobre la comunicación”, Schmucler (1982) explicitaba estos cambios en las condiciones de existencia de la revista: anunciaba que el auspicio de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM permitiría cumplir con una anhelada periodicidad cuatrimestral y que, desde su nueva ubicación geográfica en México, *Comunicación y cultura* podría “cumplir su vocación latinoamericana”. En este sentido informaba sobre la modificación de la estructura de la publicación: se incorporaba un consejo asesor (que se ampliaría en los siguientes números, anunciaba) compuesto por un grupo de especialistas de diversos países que “permitirá una constante pluralidad de voces” y la conformación de un consejo editorial que reunía colaboradores residentes en México que sería responsable de la vida ulterior de la revista (pp. 5-6). Schmucler no esquivaba la referencia al intervalo que se había producido en la salida de la publicación, aludiendo implícitamente a la situación de conmoción subjetiva y de redefiniciones teórico-políticas que atravesaba su entorno intelectual en el nuevo contexto.¹² De esa situación pretendían dar cuenta las consideraciones de los directores de la revista —informaba— en “Construir la democracia”, el artículo que funcionaba a modo de editorial del número. Bajo este sugestivo título y a modo de programa de investigación para la nueva etapa de *Comunicación y cultura*, Schmucler y Mattelart (1982) trazaban un estado de situación de las ciencias sociales y en especial de los estudios en comunicación. Aquí se puede seguir, también, su percepción de las mutaciones de la época y, en clave de autobriografía, los avatares de su propio itinerario subjetivo.¹³

¹¹ Como es sabido, el papel del ILET fue muy importante en los debates internacionales sobre las políticas nacionales de comunicación y sobre el llamado Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación. Al respecto, véase Schmucler, Mattelart (1982); Argumedo (1987 [1984]). Para una mirada histórica sobre el ILET véase, Fuentes Navarro (1992: 165-166); para una visión retrospectiva de parte de sus protagonistas argentinos, Casullo, (1985: 23; 2004 [1995]: 47; (2004 [1999]: 110); Schmucler (1998: 153).

¹² Schmucler situaba la actual etapa de *Comunicación y cultura* en una línea hecha tanto de *continuidades* como de *desplazamientos* y redefiniciones respecto de su propio itinerario. Escribía: “La línea de reflexión que se ha ido constituyendo a través de sucesivos avances no carentes de contradicciones, se ha reforzado en el pasado inmediato. La historia concreta de los pueblos —la vida, en sus multifacéticos aspectos— ha mostrado cada vez más claramente los límites de algunas ideas y la energía de ciertos conceptos que hace algunos años apenas se esbozaban” (1982, p. 5).

¹³ Entre otras cuestiones, Schmucler y Mattelart referían a los límites del debate sobre el nuevo orden mundial de la información y de las políticas nacionales de comunicación de los llamados países del Tercer Mundo; a las nuevas modalidades de relación entre las culturas nacionales y transnacionales, mediadas por las nuevas

A partir de este número reinaugural de *Comunicación y cultura* se fueron sumando al staff de la revista, como integrantes del comité de redacción o colaboradores (su presencia sería variable, según los casos), algunos intelectuales argentinos protagonistas de la vida político-cultural en el espacio exiliario: Nicolás Casullo, Ana Amado, Ana María Nethol, Máximo Simpson Grinberg, Sergio Caletti, entre otros. Por su trayectoria y su peso en la revista nos detendremos aquí en las intervenciones de Schmucler, Casullo y Caletti, pues en éstas podremos visualizar una serie de ideas fuerza que nos servirán para trazar los principales tópicos de este momento de redefinición del pensamiento sobre la comunicación y la cultura. A saber: la percepción de asistir a una suerte de *umbral de época* frente al cual se diagnosticaba un *vacío teórico* que obligaba a desplegar nuevas perspectivas y categorías; la revisión crítica de las categorías teóricas desplegadas en los años sesenta y setenta, en especial en relación con el marxismo, caracterizado de conjunto como un *reduccionismo*; la configuración de una *versión selectiva del pasado reciente de los estudios en comunicación* que inauguraba su historiografía —y, de alguna manera, los inventaba como disciplina— y que tendrá efectos duraderos en las narrativas metahistóricas del campo; la *crítica de la tradición leninista* como paradigma de las llamadas políticas de comunicación y como supuesto que organizaba toda una concepción sobre las relaciones entre ciencia y política (y por ende de la autocolocación de los investigadores en comunicación en tanto intelectuales); y, por último, la *revalorización de la democracia en la comunicación* y de la *comunicación en tanto apuesta democrática*.

Para una crítica del leninismo, o la comunicación como clave de la sociedad democrática

La publicación en México de *Comunicación y transición al socialismo*, un libro que había compilado Armand Mattelart (1981) con una serie de trabajos sobre aspectos comunicacionales del proceso de descolonización de Mozambique funcionó como disparador para que —en continuidad con sus intervenciones en *Controversia*, aunque con menos afán polémico— en el número siete de *Comunicación y cultura* Nicolás Casullo (1982a) emprendiera contra la tradición leninista en sus manifestaciones en el pensamiento sobre la comunicación.¹⁴ El libro de Mattelart permitía “una aproximación crítica a una clásica

tecnologías (lo que complejizaba y matizaba nociones como la de *imperialismo cultural*); a la democratización de las comunicaciones como condición para la democratización de las relaciones sociales; a la necesidad de revisar las concepciones sobre los sujetos de cambio (para dar cuenta de la pluralidad de intereses, grupos y demandas que habitaban lo social) y de atender a la cultura popular, la vida cotidiana como ámbitos de actuación y de participación política.

¹⁴ Sobre el itinerario de Armand Mattelart en Mozambique y los avatares en torno a la publicación de este trabajo me permito remitir a Zarowsky (2013).

concepción revolucionaria, que indudablemente se reflejará en el campo específico que nos interesa” (p. 79), presentaba Casullo la cuestión. Proponía entonces una crítica a la matriz vanguardista —un modo de organizar el partido que prefiguraba su devenir Estado— que predominaba en el proceso mozambiqueño. A partir de algunos fragmentos que extraía de los textos reunidos por Mattelart de Samora Machel y José Rebelo, ambos dirigentes del Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), Casullo infería la presencia de una idea de Partido-Estado revolucionario que implicaba una *concepción autoritaria de organización de lo social*, “en tanto poder unificador, disolvente de pluralismos, monopolizador y fuente de autoridad” (p. 82). Llevada al plano de la comunicación esta perspectiva se traducía “en una definida tendencia homogeneizadora, *integrista desde el poder*, con posibles rasgos de verticalidad (...)” (p. 83). En la visión que Casullo oponía a este esquema, la existencia de “democracia social” no implicaba de por sí la de “democracia política”. La comunicación, en tanto posibilidad de expresión de la disidencia y de manifestación de la pluralidad de voces que conviven en lo social, tenía un papel central para garantizar la posibilidad de despliegue de esta democracia política. Aun así, el mérito del análisis propuesto en el libro por Mattelart, puntuaba Casullo, era que permitía poner de relieve una concepción sobre el papel de la comunicación y de lo político-cultural como momento mediador, como articulación y producción de la estructura social. Esta perspectiva contrastaba con la “comunicología denunciante” que “adjuntaba” “estructura económica” y “hecho cultural” y abstraía sus análisis de las particulares articulaciones históricas en las que se producía el consenso social y su cuestionamiento. Este “denuncismo”, que el autor asociaba a un “economicismo comunicológico”, se había convertido en una suerte de “ideologismo” que le había dado su identidad al “saber comunicológico”, “enconsertando” la disciplina (pp. 71-72).

Este tipo de sintagmas y la adjetivación que utilizaba Casullo expresaban un vocabulario que por entonces se haría muy popular en las narrativas metahistóricas del campo de los estudios en comunicación y contribuiría a la construcción de una memoria selectiva de su pasado reciente y, en el mismo gesto, a su invención en tanto disciplina. Expresión de un relevo generacional y de un posicionamiento en un campo en proceso de consolidación disciplinar e institucionalización tanto como ajuste de cuentas con su propia trayectoria teórico-política, el balance crítico de Casullo exhibía los gestos de una pretensión refundacional que aludía al pasado reciente y que, en el mismo acto, anunciaba una tarea porvenir. Casullo refería, por ejemplo, a la “dimensión de lo político y lo ideológico

histórico” como un “contexto de conocimiento a construir por la comunicología” dado que se trataba de un “campo vacío” (p. 73).¹⁵

De manera general, la revisión de la tradición leninista, la crítica del llamado socialismo real y la revalorización de la democracia formal, lejos de ser temáticas ocasionales, formaban parte de una configuración de ideas desde la cual esta franja del pensamiento sobre la comunicación —en sintonía con lo que ocurría entonces en otras disciplinas de las ciencias sociales en América Latina— tramitaba experiencias biográficas, revisaba sus tradiciones de investigación y emprendía un proceso de reformulación epistémica que marcaría la agenda del campo durante las décadas siguientes.

En esta línea se puede leer el dossier del número ocho de *Comunicación y cultura* en el que Casullo (1982b) reunía textos y manifiestos del movimiento sindical *Solidarnost* de Polonia. La ocasión le servía para entrelazar el análisis de los materiales compilados con una reflexión que expresaba también aquí una ambición de renovación teórico-conceptual para los estudios en comunicación.¹⁶ El modelo socialista del este europeo permitía poner de relieve que un extenso proceso de “ausencia de democracia política popular” (que era definida por Casullo a partir de la existencia de posibilidades de “disenso real”) transformaba la “democracia social y económica” en una “abstracción autoritaria”. En el marco de este resquebrajamiento teórico-conceptual cobraba importancia para el autor la cuestión de la comunicación (p. 179). La relevancia que *Solidarnost* le dedicaba al tema de la libertad de circulación de la información indicaba “la imposibilidad de divorciar la democratización de la vida (sindical, política, económica, cultural, ideológica) sin un replanteo comunicativo en la sociedad contemporánea que habilite precisamente esta reformulación, como comunicación” (p. 179). Bajo estas premisas Casullo evaluaba lo que entendía era el autoritarismo de un modelo de organización social y comunicacional (el polaco) que derivaba sin matices ni mediaciones de las concepciones leninistas. Sobre éstas ensayaba un juicio lapidario:

¹⁵ Al artículo de Casullo en *Comunicación y cultura* le seguían dos trabajos que se pueden leer en contrapunto: uno del dirigente mozambiqueño Sergio Vieira (1982), miembro del Comité Central del FRELIMO, sobre la construcción del “hombre nuevo” en el proceso revolucionario y otro del propio Mattelart (1982) sobre las políticas de incorporación de la televisión en el país africano (a las que caracterizaba, a diferencia de Casullo, como verdaderos “laboratorios de experimentación en comunicación audiovisual”). Aunque aquí no podemos desplegar la afirmación, la lectura de la serie completa de los artículos sobre Mozambique en *Comunicación y cultura* permite entrever la existencia de un campo de tensiones subyacentes en la publicación y su apertura a posiciones diversas. Sobre la revisión y afirmación que Armand Mattelart hacía por entonces del leninismo me permito remitir a Zarowsky (2013).

¹⁶ Escribía Casullo (1982b, p. 177): “el arribo del tema de la democracia al campo de los estudios político-sociales va permitiendo verificar lo endeble de muchos enfoques que hasta hace poco se pretendían alternativos”. El autor insistía en su percepción acerca de la existencia de un cambio o umbral de época y vinculaba este diagnóstico con la necesidad —que el tema de la democracia ponía en evidencia, señalaba— de “desestructurar” ciertas concepciones sobre lo social.

“Podemos hablar de la concentración de neto corte leninista —escribía— en cuanto a comunicación bajo la dudosa concepción de ‘organizadora’ y ‘educadora’ de un todo social uniforme e integrador”. “El poder” —continuaba Casullo— tenía distintas manera históricas de “edificar hegemonías y de acumular poder” (p. 180).

En la terminología empleada —*hegemonía, función organizadora y educadora*—se puede leer una alusión que iba más allá del leninismo y alcanzaba también a toda una tradición gramsciana (en todo caso, aquí se asimilaban ambas sin beneficio de inventario) con la que, como hemos visto, Casullo había entrado en discusión en las páginas de *Controversia*.¹⁷ No es exagerado entonces decir que, en continuidad con sus planteos en esta revista, aquí Casullo volvía a poner en juego cierta desconfianza con cualquier pretensión dirigente, educadora y organizadora que, como es sabido y a pesar de cierta simplificación a la que lo sometía, en el pensamiento de Gramsci involucraba una compleja concepción acerca del partido político, el estatuto y la función de los intelectuales. Como hemos visto en el capítulo tres de este libro, en la cultura de izquierda argentina y en los estudios en comunicación en particular, esta impronta gramsciana (basta evocar el editorial del primer número de *Comunicación y cultura* de 1973), había tenido un despliegue potente y, al combinarse con otras tradiciones, singular.

De la crítica del marxismo a la invención de los estudios en comunicación

Una serie de artículos publicados en los números siguientes de *Comunicación y cultura* indican la efectiva existencia de un espacio de experiencia común donde se articulaban dos tópicos en apariencia heterogéneos: la crítica del marxismo-leninismo con la revisión del pasado reciente de los estudios en comunicación y la búsqueda de redefiniciones epistemológicas. En esta zona de intersección es posible leer, paradójicamente, la invención de este campo de estudios.

En efecto, el número diez de 1983 dedicado a las culturas populares condensaba en torno a esta temática un ánimo de reformulación conceptual. A modo de editorial y de presentación del dossier, Schmucler (1983: 4) sintetizaba esta voluntad de redefinición cuando escribía que en el ámbito de las ciencias sociales “se han ido desgastando viejas

¹⁷ Una posición similar desplegaría Máximo Simpson (1986 [1981]), profesor en la UNAM, en una compilación de su autoría publicada por entonces en México. En su edición ampliada, de 1986, Simpson ubicaba en una misma matriz el pensamiento de Lenin y de Gramsci en relación con sus consideraciones sobre la vanguardia, los intelectuales y el partido. Esta matriz habría fundamentado concepciones autoritarias sobre la comunicación alternativa en el continente. Si bien integró (por un solo número) el consejo editor de *Comunicación y cultura*, Simpson, argentino emigrado en México desde 1967, era un personaje periférico en relación con los agrupamientos intelectuales y políticos a los que aquí estamos haciendo referencia. Aún así, sus trabajos ejercieron gran influencia en el campo de la comunicación.

seguridades y son frecuentes las intuiciones de que es preciso desandar algunos caminos y reiniciar la marcha por otros senderos, algunos hasta ayer deliberadamente descartados”. Por su parte, Caletti (1983: 175) —como lo había hecho Casullo con anterioridad— proponía el término *denuncismo* para nominar y caracterizar una de las corrientes del pensamiento comunicológico que, en su perspectiva, había sido predominante en los años sesenta y setenta, aunque, agregaba, ésta estuviera “hasta hoy latente en amplios sectores intelectuales de izquierda”. En efecto, en un contexto general de ascenso de los movimientos de masas y de esperanzas de cambios profundos en la sociedad, así como de la circulación casi masiva de un “marxismo agitador y escolástico”, las ciencias sociales se habían propuesto por esos años la gigantesca tarea de dar “al cambio que se creía en ciernes, fundamento, justificación y perspectivas”. Para Caletti este movimiento, lejos de toda reflexión específica que innovara conceptualmente, no había sido más que un “correlato comunicológico de estas nuevas izquierdas culturales y políticas que sobrevivieron a la crisis final del estalinismo”. Así, sin ofrecer nombres propios o discutir alguna de sus categorías, el autor subsumía bajo un mismo sintagma, de indisimulable connotación peyorativa, tradiciones de pensamiento disímiles: el énfasis del *denuncismo* estaba puesto “en los análisis de las estructuras de propiedad y de poder de los sistemas de comunicación, en el papel desempeñado en ellos por los grandes intereses mercantiles y monopólicos, en las categorías de alienación, dominación y manipulación”. La eficacia del *denuncismo* había sido mostrar hasta qué punto la dominación de clases o la estructura monopólica eran también, y marcadamente, realidades en el plano de la comunicación social; pero en su afán de vinculación con los problemas sociales —concluía Caletti— estos estudios no habían traspasado el marco de una “batalla ideológica” que trascendía “la especificidad comunicacional y que se libró con frecuencia al precio de peligrosos reduccionismos”: la comunicación era siempre “extensión de otras cosas” (p. 175). Dado su énfasis en el estudio de las leyes generales del capitalismo como único objeto de reflexión, el *denuncismo* había mostrado su falta de preocupación por desplegar un estatuto teórico y conceptual propio y distintivo para el pensamiento sobre la comunicación; “acababa con los estudios en comunicación como rescate de lo singular” (p. 176).

En las versiones de la historia de los estudios en comunicación que proponían tanto Casullo como Caletti se pueden leer no sólo los típicos gestos retóricos que señalan la existencia de un relevo generacional en un campo de estudios en proceso de consolidación (la nueva generación emerge creando una imagen sobre la vieja, o mejor, inventándola como tal), sino también las huellas de una experiencia política personal, un ajuste de cuentas con la cultura y la política de izquierda y el marxismo que, tomados de conjunto, no atendía matices

y diferenciaciones históricas. Si en sus intervenciones en *Controversia* se podía seguir una polémica más o menos explícita con la izquierda peronista y sus organizaciones armadas, aquí la ausencia de nombres propios o de referencias concretas a las tradiciones teóricas y de investigación en comunicación con las que se polemizaba contribuían a configurar un espacio y una memoria disciplinar a través de una suerte de mito de origen: su momento de emergencia “ideologado”. Al mitigar las relaciones entre procesos sociales y de ideación, este relato, vía homogeneización y descontextualización, eludía matices y afinaba una serie de operaciones que legitimaron y consolidaron desplazamientos teórico-conceptuales y dejaron huellas perdurables en la agenda de los estudios en comunicación en la Argentina.

Al igual que en relación al balance del leninismo efectuado a partir del caso Mozambique y el análisis de sus políticas de comunicación, aquí tampoco el movimiento que describimos en la revista era homogéneo. En las posiciones de Héctor Schmucler se puede identificar un espacio de experiencia común, pero también ciertos matices en el modo de trazar una memoria del campo. Para observarlos basta con remitir a su transitado ensayo, “Un proyecto de comunicación/cultura”, publicado en el número doce de *Comunicación y cultura* (1984). Allí, la idea de que se asistía a un umbral de época era expresada por Schmucler como un derrumbe enunciado en primera persona (aquí se puede leer la marca de una diferencia generacional en relación con Casullo y Caletti, quienes, a diferencia de lo solían hacer en sus escritos políticos, utilizaban la tercera persona en sus balances comunicológicos), que aludía también a un quiebre teórico-epistemológico: el director de la publicación escribía sin matices en la primera línea del trabajo que “en los últimos tiempos se han ido desmoronando muchos de los edificios intelectuales que hasta hace poco imaginábamos perdurables, cuando no definitivos” (p. 3). Pero, simultáneamente, Schmucler repasaba los avatares de la experiencia colectiva que había protagonizado, de la cual seguía afirmando algunas de sus dimensiones. En ese sentido reivindicaba —aunque refería una y otra vez en esas pocas páginas a todo lo que habían “aprendido” desde entonces— el itinerario de *Comunicación y cultura* y algunos de los objetivos que se había planteado la revista en el momento de su fundación.¹⁸ En esta línea Schmucler desplegaba una dimensión más comprensiva que

¹⁸ Escribía Schmucler (1984, p. 6): “Ya lejos, y seguramente con otras resonancias, podríamos repetir algunos de los objetivos que señalábamos en 1973, en el número uno de la revista: ‘deben emerger una nueva teoría y una nueva práctica de la comunicación que, en definitiva, se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta en los aspectos más íntimos de la cotidianidad humana’”. En el mismo sentido —y en contraste con las posiciones de Casullo y Caletti— se puede leer el reconocimiento que por entonces, junto a Elizabeth Fox, Schmucler (1982, p. 18) ofrecía en otro trabajo respecto de la corriente crítica en comunicación que, de la mano de Armand Mattelart y su equipo, se había desarrollado —escribía— en ese “laboratorio de experimentación social” que había sido el proceso de la Unidad Popular en Chile. A contrapelo de una lectura descontextualizada que se extendía por entonces Schmucler señalaba algunos factores que contribuyeron a la

adjetivadora sobre el pasado de los estudios en comunicación y ponía más empeño en revisar críticamente el modo particular en que en su seno se había desplegado una forma de entender la práctica científica (como producto de una racionalidad moderna que se derrumbaba, sostenía) que en los lugares comunes con los que por entonces se vapuleaba a una tradición marxista respecto a la cual no se contemplaban distinciones o matices.

Documento de época, memoria de una subjetividad encarnada e implicada con su tiempo, el artículo de Schmucler tal vez sea uno de los testimonios más conmovedores, por el cuidado de su escritura y su capacidad evocativa, del modo en que, en el fragor de la derrota individual y colectiva, una franja de los intelectuales argentinos en el exilio mexicano vivió el umbral de una época, produjo una serie de lecturas del pasado reciente y ensayó, sopesando continuidades y rupturas, la apertura a nuevos modos de acción y pensamiento.

Epílogo: de México a Buenos Aires

Los agrupamientos que forjaron los exiliados argentinos en México configuraron modos de sobrellevar el trauma del destierro y de reorientar la acción política a la distancia mediante la creación de lazos intelectuales y afectivos. Para aquellos que intuían que el exilio no era más que un momento transitorio en sus vidas, estos espacios —la revista *Controversia* especialmente entre ellos— fueron una oportunidad de discutir tanto la derrota como la posibilidad de reconstruir una proyección de regreso al país, una alternativa para la acción política en una Argentina posdictatorial; se convirtieron, en definitiva, en modos de organizar la vuelta (Gago, 2012: 99; Yanquelevich, 2010: 164).

En el caso que nos ocupa, la descripción y el análisis del papel de los intelectuales vinculados al pensamiento sobre la comunicación en el pasaje del laboratorio exiliar a la escena académica y político-cultural argentina requeriría un trabajo específico que de cuenta de sus conexiones concretas y de su grado de influencia, tanto a nivel epistémico como político-institucional. Sólo a modo de indicador de la existencia de una serie de cruces e instancias de pasaje, nos referiremos aquí a la realización en Buenos Aires durante 1983 de una serie de encuentros organizados por la entonces recién creada oficina del ILET en Buenos Aires —que impulsó a su retorno al país Nicolás Casullo— donde se trazaron vasos comunicantes entre las agendas elaboradas en México en las que participaron los exiliados argentinos y las agendas de aquellos investigadores que habían permanecido en el país.

mala comprensión de esta tradición, señalando las dificultades generadas por la extrapolación, fuera de su contexto de producción, de sus modelos de análisis.

En efecto, en septiembre de ese año se realizó en Buenos Aires un encuentro sobre “Políticas Nacionales de Comunicación”. En noviembre, con la coordinación de Casullo, el ILET congregó a intelectuales, investigadores y comunicadores para debatir sobre el tema “Comunicación y Democracia”. Este último seminario reunió además de a periodistas, comunicadores y trabajadores de medios audiovisuales, a las figuras que se perfilaban por entonces como referentes de un campo de estudios en proceso de consolidación en el país y que, poco tiempo después tendrían (algunas de ellas) un papel destacado o bien en la creación de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires o bien en el desarrollo de sus primeros años de vida. De manera general, los encuentros discurrieron sobre el papel de los medios audiovisuales en la etapa política que se abría con la inminente asunción del nuevo gobierno democrático. Más puntualmente: se trataba de pensar límites y posibilidades para el despliegue de políticas que promovieran la democratización de la comunicación, a la vez que de analizar, en el nuevo escenario, el estatuto de lo que algunos vaticinaban como una inminente ofensiva neoconservadora y privatista de los sistemas de comunicación por parte de los grupos de poder y de los actores del sector. La última mesa del seminario, titulada “sociedad, poderes, información”, fue de carácter más bien teórico-conceptual y reunió a Alcira Argumedo, Jorge Bernetti, Nicolás Casullo, Aníbal Ford, Heriberto Muraro, Eduardo Romano, Oscar Steimberg y Patricia Terrero. En la apertura de la mesa Casullo (1985: 173), como coordinador del encuentro, presentó los tópicos centrales de lo que entendía era una nueva etapa en el itinerario de la comunicología, que se pueden leer en continuidad con aquellos elaborados en México. Afirmaba:

Como analistas de la cultura y la comunicación, podemos percibir, si hacemos una comparación con los principios de los años setenta, que hay una reformulación y desplazamiento del análisis sobre los medios en relación a la sociedad. De la problemática mayor de los años setenta, que hacía eje en la estatización-nacionalización de los medios, pasamos hoy al problema de la democratización de los medios (...) De las políticas nacionales de comunicación a cargo del Estado se pasa a un mayor interés sobre los medios y su democratización bajo el impulso central de la sociedad civil. Del problema de los medios como productores de consenso para el cambio social, pasamos a su democratización para el disenso y la pluralidad de expresión de los distintos sectores sociales. Del famoso enjuiciado imperialismo cultural defensor de la libertad de empresa pasamos a la libertad y a la no censura del mensaje de masas. De la idea de un proyecto revolucionario popular sobre la vida de los medios de comunicación, se pasa a la actuación abierta de los mismos, en los marcos de la democracia institucional no regida por ningún proyecto, o razón histórica,

supremo indefectible. *¿Cambió la realidad o cambiamos nosotros? (el subrayado me pertenece).*

La utilización de la primera persona y la sugestiva pregunta que arrojaba Casullo al final del párrafo nos permite observar cómo estos desplazamientos conceptuales se anudaban con la vivencia de una fractura en los itinerarios personales, o, de otro modo, cómo una generación procesaba teóricamente la experiencia de la derrota política en tanto hecho colectivo. Aun así este uso de la primera persona del plural, inclusivo, no debe inducirnos a considerar la existencia de un movimiento homogéneo; pues en algunas de las réplicas que generó la intervención de Casullo se pueden leer diferencias y tensiones en torno a la interpretación que se hacía del hecho democrático y de su relación con la comunicación. Por un lado, encontramos a aquellos que, como el propio Casullo, hacían más énfasis en el desarrollo de sus implicancias y aspectos formales; por el otro, a aquellos que ponían de relieve la necesidad de articular “lo democrático” con la cuestión de la “liberación nacional”.¹⁹ Aunque no podemos extendernos en este debate, podemos decir que la discusión cruzaba sensibilidades y matices al interior de la intelectualidad peronista (prácticamente todos los panelistas se identificaban en esta tradición y eran por entonces afiliados al Partido Justicialista), que retomaba tensiones y discrepancias que habían emergido previamente entre los exiliados en México y que ahora a su vez se confrontaba con las posiciones de aquellos que habían permanecido en la Argentina.

Tiempo después todas las intervenciones del seminario fueron compiladas por Casullo bajo el sugestivo título de *Comunicación: la democracia difícil* y editadas por Folios Ediciones y el ILET, en Buenos Aires (1985). La publicación de los debates permitía ampliar la escala de su difusión y el reconocimiento de sus participantes, contribuyendo a generar condiciones de legitimidad para un campo de estudios en vías de institucionalización. Casullo escribió una larga introducción donde ampliaba los núcleos temáticos que había presentado en el seminario y donde (también aquí con ademán refundacional, pues se trataba de avanzar en una “trama reinaguradora de incertidumbres y respuestas”, p. 12) retomaba buena parte de los tópicos desarrollados en la encrucijada mexicana: entre ellos, su planteo de que “lo

¹⁹ Buena parte de estos planteos cuestionaban lo que se entendía era una excesiva confianza en los aspectos formales del proceso de democratización. Véase la intervención de Aníbal Ford (Casullo, 1985: 184) y la de Jorge Bernetti, que expresaba un intento de síntesis: se trataba, en sus palabras, de “recuperar en el contenido democrático las voces de la liberación”, a la vez que de “cuestionar las voces de la liberación que no pueden plantear contenidos democráticos” (p. 189).

democrático” era un “agujero negro en la reflexión” sobre la comunicación que obligaba a dar una vuelta de página y a dar un salto a lo desconocido para el pensamiento.

En efecto, Casullo volvía sobre su crítica al “izquierdismo comunicológico” (p. 16) y, en contraposición a lo que había caracterizado como su vertiente leninista, escribía que la democracia —como “perspectiva desestructurante de antiguas concepciones”— permitía pensar la comunicación como conflicto de cultura, esto es, como una producción diversificada y conflictiva, permanente y abierta de sentidos desde un sujeto social activo (pp. 24-25). También, a contrapelo de lo que había caracterizado como denunciismo economicista, escribía que, como sistema productivo de primer orden, la comunicación —atravesada por dimensiones políticas, culturales, ideológicas y subjetivas— inauguraba el acontecimiento político y cultural (pp. 39-40) y aparecía entonces como problema ejemplar de la producción de la vida societal: la “gran cuestión de nuestro tiempo”, concluía (p. 43).²⁰

La existencia de vasos comunicantes entre los espacios de reunión y sociabilidad forjados por los intelectuales argentinos en el exilio y la creación de formaciones o instituciones emergentes permitieron la acumulación, individual y colectiva, de un capital simbólico y social que explica, en parte, el protagonismo que tomaron algunos de ellos, a su retorno, en el proceso de institucionalización de los estudios en comunicación en la Argentina (en especial, con la creación de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires en los años ochenta) y en la renovada escena político-cultural de la sociedad post-dictatorial. Asimismo, las singulares coordenadas que se dieron cita en el exilio mexicano de una serie de intelectuales permitieron el despliegue de un laboratorio teórico-político que alimentó ese gran movimiento epistémico que se produjo a partir de los años ochenta en la comunicología argentina y que, paradójicamente, al configurar sus tradiciones precedentes, producía su propia invención. Es este espacio de experiencia común el que nos permite entender, incluso, la emergencia en el país de condiciones de recepción favorables a las posteriores elaboraciones teórico-conceptuales que marcaron la agenda del campo latinoamericano de los estudios en comunicación en las décadas siguientes. Asimismo, esta trayectoria de los estudios en comunicación habilita a ser leída como algo más que como una historia disciplinar. Desde su especificidad, podría formar parte de una sociología histórica

²⁰ Escapa aquí a nuestras posibilidades e intereses poner en relación estos planteos con ciertas corrientes renovadoras de la filosofía y el pensamiento político —como la del alemán Jürgen Habermas— que harán de la comunicación una clave de reformulación del pensamiento de la izquierda y que tendrán gran influencia en nuestro medio intelectual a partir de los años ochenta.

dispuesta a interrogarse sobre el papel que tuvieron en el período los “intelectuales de la comunicación” en la reconfiguración de la cultura de izquierda y, desde allí, en los procesos de producción y renovación de la hegemonía en la Argentina.

Bibliografía

Argumedo, A. (1987 [1984]). *Los laberintos de la crisis. América Latina. Poder transnacional y comunicaciones*. Buenos Aires: PuntoSur-ILET.

Arico, J. (2005 [1988]). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

——— (1982 [1980]). *Marx y América Latina*, Buenos Aires: Catálogos.

Bernetti, J. y Giardinelli, M. (2003). *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Bernetti, J. (1979, 21 de marzo). “Estallido en la cumbre. La crisis de los Montoneros”. *El Universal*.

Bernetti, J., Caletti, S. Puiggrós, A., Schmucler, H. (1979, 14 de mayo). “Trayectoria y papel de los Montoneros”, *Proceso*, 132.

— Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina.

Caletti, S. (1979a). “Los marxismos que supimos conseguir”, *Controversia*, 1.

——— (1979b). “La revolución del voluntarismo”, *Controversia*, 2-3.

——— (1983). “Reflexiones sobre teoría y cambio social”, *Comunicación y cultura*, 10.

Caletti, S., Casullo, N. (1981). “El socialismo que cayó del cielo”, *Controversia*, 14.

Casco, J. (2008). “El exilio Intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina (1974-1983)”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 31.

Casullo, N. (1979, 30 de abril). “El difícil camino hacia la democracia”. *Proceso*, 130.

——— (1980a). “El pueblo produce las formas y los contenidos políticos”, *Controversia*, 7.

——— (1980b). “Movimiento peronista y concepciones de la política”, *Controversia*, 8.

——— (1980c). “Desde el movimiento de masas o desde los mitos”, *Controversia*, 9-10.

——— (1982a). “La comunicación entre el Estado colonial y el socialismo”, *Comunicación y cultura*, 7.

- (1982b). “Solidaridad y los medios masivos de comunicación (Materiales sobre Polonia)”, *Comunicación y cultura*, 8.
- (1985). *Comunicación: la democracia difícil*. Buenos Aires: Folios Ediciones, ILET.
- (1995). “Los naufragios de la crítica (entrevista)”, *Mapa Nocturno 6*, Buenos Aires.
- (1999). “Exilio: tu cuerpo ahí, el alma allá, (entrevista)”. En Boccanera, J. (1999). *Tierra que anda. Los escritores y el exilio*. Buenos Aires: Amhegino.
- (2007), *Las cuestiones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Del Barco, O. (1980). *Esbozo de una crítica a la teoría y prácticas leninistas*. Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla.
- (2000). En ese tiempo lejano del cual ustedes me preguntan..., *El Ojo Mocho*, 15.
- Fuentes Navarro, R. (1992). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.
- Gago, V. (2012). *Controversia: una lengua del exilio*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Mattelart, A. (1981). *Comunicación y transición al socialismo. El caso Mozambique*. Era: México.
- (1982). “Mozambique: tener o no tener televisión”, *Comunicación y cultura*, 7.
- Portantiero, J. C. (1977). “Los usos de Gramsci”. En *Antonio Gramsci, Escritos políticos (1917-1933)*. *Cuadernos Pasado y Presente*, 54: México.
- Portantiero, J. C., De Ipola. E. (1981). “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”. *Controversia*, 14.
- Schmucler, H. (1979). “Actualidad de los derechos humanos”, *Controversia*, 1.
- (1980a). “La Argentina de adentro y la Argentina de afuera”, *Controversia*, 4.
- (1980b). “Testimonios de los sobrevivientes”, *Controversia*, 9-10.
- (1981). “Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política”, *Controversia*, 11-12.
- (1982). “Al lector”, *Comunicación y cultura*, 7.
- (1983). Interrogantes sobre lo popular, *Comunicación y cultura*, 10.
- (1984). Un proyecto de comunicación/cultura, *Comunicación y cultura*, 12.
- Schmucler, H., Fox, E. (1982). *Comunicación y Democracia en América Latina*. Lima: Desco-Clacso.

Schmucler, H., Mattelart, A. (1982). “Construir la democracia”, en *Comunicación y cultura*, 7.

Yanquelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentino en México, 1974-1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.